

sargento Dominguez^r habia meditado mucho, y se inclinaba al lado de Colon, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

CAPITULO LVIII.

Un festin en víspera de un motin.



ASARON los conjurados el dia de Año Nuevo en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festin la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder? dijo Francisco Martin Porras. ¿Qué el almirante se incomode, que nos prohíba entregarnos á la orgía?... ¡Ojalá! De este modo con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

El dia anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina, le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.

—¿La de cenar del mejor modo posible?

—Eso es.

—Decidme qué debo hacer.

—Presentarte á Colon, y manifestarle que estamos hartos de la abstinencia á que nos tiene condenados; que si pasamos mal la Noche-Buena, porque era humanamente imposible adquirir provisiones, ahora que las hay frescas y abundantes, queremos salir de la exígua racion diaria para echar una cana al aire esta noche. El se opondrá, tú nos comunicarás su resolución, y nosotros tendremos motivos de sobra para desesperarnos.

—Y unos hombres desesperados....

—Son capaces de cualquiera cosa.

—Comprendo.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

—Es que ahora están en el camarote del almirante su hijo y su hermano.

—Razon de más para abordar la cuestion: ellos le excitarán á que se oponga á nuestros deseos, el adelantado es impetuoso, nos insultará, y sus insultos serán miel sobre hojuelas.

—Hágase vuestra voluntad.

—Vé pronto, y vuelve á darnos parte de tu embajada.

El mayordomo se dirigió en el acto al camarote del almirante.

En buenas palabras expuso las de sus camaradas.

—Nada más justo, dijo Colon: por mi parte, accedo gustoso á sus propósitos; dueños son hoy de tomar los víveres que necesiten. Celebren norabuena el nuevo año, y quiera Dios que su alegría signifique nuestra próxima libertad, nuestra partida hácia la madre patria.

Esta respuesta desconcertó al mayordomo.

No produjo mejor efecto en los conjurados.

—¿Qué cambio es este? dijo Diego Porras.

—Si habrá sabido algo de lo que proyectamos, añadió Francisco.

—Su amabilidad quiere decir mucho.

—Tal vez que tiene miedo.

—Miedo no; pero sabe más que Merlin, y empleará esa táctica para desarmarnos.

—Pues se lleva un solemne chasco. Mejor combatiríamos contra el leon que contra el cordero; pero no ha de valerle su mansedumbre.

—Apoderémonos de los víveres.

—¡A cenar! ¡A cenar!

Todos se lanzaron como fieras al sitio en donde se guardaban las provisiones, y saltaron en tierra para celebrar el festin en la playa.

Colon los vió partir con gozo.

—¡Infelices! dijo. Justo es que olviden un instante sus penas.

—¡Puede ser que hagan más que olvidarlas! exclamó el adelantado.

—Piensas mal de ellos.

—Ménos temeria á los indios nuestros enemigos que á esa chusma.

—Depon todo temor.... Esa alegría significa que ha renacido en su pecho la esperanza.

—Un horrible presentimiento me hace pensar de distinta manera.

—Yo confio en mi causa, y espero de un momento á otro la llegada de Fiesco. Poco me importa volver á España como un mísero enfermo ó como un prisionero: lo que deseo es volver, que la justicia triunfa siempre.

Miéntras los conjurados devoraban los manjares y prurumpían en imprecaciones, impulsados por la gula, aquellos tres séres, unidos por el lazo de la sangre, consagraron dulcísimos recuerdos á los que estaban ausentes; es decir, á Diego, á Isabel, á Villejo, á Ana y al noble hermano del gran marino.

Creíanlos dichosos, y sin embargo, en aquellos momentos no sufrían ménos que ellos.

Una hermosa luna iluminaba la playa, y reflejaba sus argentados rayos sobre las apacibles olas.

El rumor del festin llegaba confuso al camarote del almirante.

Colon se durmió orando.

Bartolomé llamó á Fernando.

—Es necesario, le dijo, que nosotros velemos y estemos preparados para todo lo que pueda ocurrir.

—¿Temeis?

—Todo lo temo de esa canalla.

—En ese caso, me quedaré velando al lado de mi padre.

—No, eso podría hacerles creer que habíamos adivinado sus planes: vé á tu camarote, y está alerta.... Yo haré otro tanto.

Se retiraron, y reinó el mayor silencio en el buque.

El rumor de las olas al morir en la playa acompañaba los gritos y los cánticos de aquellos hombres, que no pudiendo embriagarse con vino, se embriagaban con la idea de vengarse en Colon y los suyos, de los padecimientos que habían sufrido desde que estaban en aquella costa.

En la madrugada del día 2 de Enero, los hermanos Porrás, poseidos de febril ansiedad:

—Hoy es preciso resolver el problema, dijeron. O nos lanzamos á navegar en los buques, despues de componerlos, con el consentimiento del almirante, ó sin él. ¿Estais dispuestos á secundarme?

—Sí, sí, gritaron muchos.

—A nadie se obliga aquí.... El que quiera seguirme, que pase á mi derecha..... Los que no, que se queden donde están.

Todos, excepto cinco, pasaron á la derecha de Porrás.

Entre los cinco estaba el sargento Dominguez.

—Nosotros, dijo, no queremos insurreccionarnos; pero acataremos el fallo de la suerte.

—En hora buena. Vosotros subid á bordo y aguardad una señal mia. Yo entraré á ver al almirante, le hablaré y os dirigiré una pregunta en alta voz. Acudid entónces, y demostrad que estais dispuestos á obedecerme.

De acuerdo todos obedecieron las órdenes de Francisco Porrás, que se había puesto al frente de los conjurados.

El sargento y sus cinco camaradas fueron tambien á bordo, dispuestos á consentirlo todo ménos que los amotinados atentasen contra la vida de Cristóbal Colon.

Cuando todos habían ido á ocupar sus respectivos puestos, el almirante, su hermano y su hijo dormían.

Solo Dios sabia dónde podían despertar.

Aristamos ahora á la explosion de aquel motin, tan infamemente combinado por la ingratitud y la perversidad.

CAPITULO LIX.

El motin de Porras.



OLON se despertó molestado por la gota.

Empezaba á amanecer, y aunque oyó movimiento en el buque, no quiso llamar á nadie.

Su enfermedad le hacia padecer más que los contratiempos de que era víctima.

Cuando se veia bajo la influencia de los agudos dolores que experimentaba, perdía la esperanza, el desaliento se apoderaba de su corazón; volvía los ojos al pasado, no veía en el porvenir más que una muerte oscura y desastrosa, y su angustia era horrible.

En esta situación se hallaba cuando, sin pedir vènia y bruscamente, entró en su camarote Francisco Porras.

Colon fijó en él sus ojos, y no pudo ménos de sorprenderse al ver la actitud que tenia.

Con el casco puesto, con la visera medio alzada, perfectamente armado, como si se dispusiera à entrar en combate, y sobre todo con la expresion del más descarado cinismo en el rostro, no ocultaba que iba dispuesto á faltar á los más sagrados deberes.

—¿Qué quereis? le dijo el almirante, despues de haberse apercebido de su actitud.

—Quiero, contestó, procurando disimular su agitacion, aunque sin conseguirlo, quiero que por última vez y en repre-

sentacion de todos los españoles que aquí estamos, oigais nuestras quejas y accedais á nuestros legítimos deseos.

—Si fueran legítimos no os presentariais á mí con la turbacion en el semblante.

—Mal me conoceis, dijo Francisco Porras, si creeis que me turbo por tan poca cosa, y en esa creencia se ve el orgullo que os domina. Pero de cualquier modo, mi deber es hablaros con franqueza. Nuestra paciencia se ha acabado: estamos detenidos en este sepulcro meses enteros, y aunque fuéramos santos el sufrimiento tiene un límite. A nuestras quejas habeis contestado despertando en nuestra alma esperanzas que no se han realizado, que no se realizarán, porque todos os quieren mal: ni en la Española ni en España hay quien sienta deseos de enviaros socorros, y nosotros sin culpa vamos á sufrir la suerte que os reservan vuestros enemigos.

Colon escuchó con estudiada calma aquel lenguaje irreverente.

Más que la indignacion, sentia en su pecho la tristeza, porque se convencía de que aquel hombre y sus secuaces preferian jugar un albur á aguardar las bondades de la Providencia.

—¿Y qué es lo que quereis? le preguntó con digna y severa mansedumbre.

—No es la primera vez que os lo hemos indicado: queremos que deis las órdenes para que los calafates arreglen los buques del mejor modo posible y abandonemos la costa.

—Quereis un sueño.

—Peor es el en que vivimos, que se asemeja más à la muerte que à otra cosa.

—Mi deber es velar por vuestra vida, y si accediera á vuestros deseos, os condenaria á una muerte horrible.

—La preferimos a la vida que pasamos, y os advierto que

aunque empiezo por pedir, nada tendria de extraño que acabase por ejecutar; pues toda mi influencia no bastaria ya á contener á los descontentos.

Un nuevo esfuerzo costó á Colon el conservar la calma.

—Pensad lo que vais á hacer, dijo á Francisco Porras: tal vez avanzan á nuestro encuentro las carabelas que he pedido al gobernador de la Española; tal vez van á acabar nuestros pesares, y entónces vuestra alegría será completa, porque no llevareis en el alma el remordimiento de haber obrado mal, de haber faltado á la fe jurada, de haber abandonado vuestra bandera al verla en gran peligro.

—Es tarde ya, y no es justo que nos sacrifiquemos todos al capricho de un hombre.

—Ese hombre, á quien todos debeis ciega obediencia, no os manda, sin embargo; os pide, os ruega, más por vuestro bien que por el suyo, que esperéis algunos dias más.

—Si temeis quedar solo, ¿por qué no escuchais nuestras súplicas? Y si tanto empeño teneis en que compartamos el peligro con vos, ¿por qué no os arriesgais como nosotros á romper esta dura prision, á desafiar las iras del mar, y á perecer, si está de Dios que perezcamos, ó hallar el puerto de nuestra salvacion?

—Buscar una muerte estéril no es heroismo. En nuestras circunstancias seria hasta un crimen, porque con nosotros se perderia el glorioso descubrimiento que hemos hecho en Veragoa.

—¿Y qué importa eso?... ¿no vale más nuestra vida que todo el oro de las Indias?

—Por grandes que sean vuestros deseos de abandonar esta costa, mayores son los míos; pero mi obligacion, ante Dios primero, ante los reyes despues, es atender á la seguridad personal de todos los que están á mis órdenes. La experien-

cia, mis conocimientos náuticos, todo me aconseja que no utilice estos buques para navegar. Aquí carecemos de lo necesario para ponerlos en disposicion de servirnos; por lo tanto, respondo á vuestros ruegos que me es de todo punto imposible atenderlos.

—¿Es esa vuestra última resolucion? preguntó Porras al almirante con insolente arrogancia.

—Quiero mostraros, le contestó Colon, que no es por terquedad, por amor propio, por lo que opino de este modo. Si mis razones no os convencen, renuncio de buen grado á la autoridad que ejerzo sobre vosotros, autoridad omnímota, y ofrezco someterme al fallo de los prácticos.

—¿Qué decís?

—Digo que podeis convocar á los marinos que viven con nosotros, y que despues de examinar el estado de los buques y la distancia que necesitamos recorrer para llegar á un puerto, resuelvan ellos en conciencia si debemos partir ó esperar á que nos socorran, enviándonos buques en estado de navegar.

—Es tarde ya para consultas: el problema tiene que resolverse inmediatamente.

Y notando por el rumor que se oia cerca del camarote del almirante que sus camaradas estaban ya dispuestos para dar el golpe proyectado, y redoblando su insolencia:

—Ha llegado el momento de resolver, exclamó: ó dais las órdenes para partir, ú os quedais aquí con los que no quieren seguirme. Yo, por mi parte, añadió en alta voz, estoy por volver á Castilla.... Los que quieran pueden seguirme.

Esta fué la voz de alarma, la chispa que produjo el incendio.

Instantáneamente coronaron en toda la extension del buque gritos de:

—¡Yo os sigo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Pronto, salgamos pronto de este sepulcro.

Los marineros y los soldados se presentaron en la puerta del camarote blandiendo sus armas, y mezclando con sus amenazas horribles imprecaciones contra el almirante.

Tú eres nuestro jefe, Francisco; el único que reconocemos, decían unos; dános órdenes, dispon qué hemos de hacer, y te obedeceremos ciegamente.

—¡A Castilla! ¡A Castilla! gritaban otros.

—Basta ya de contemplaciones.

—El que no quiera seguirnos que se quede aquí á ser pasto de los indios.

—Más que entregarlos á su furia, vale que los matemos.

—Sí, sí, ¡mueran los cobardes!

—¡Muera el almirante!

—¡A ellos! ¡A ellos!

Y los rebeldes, arrastrados por la pasión que les dominaba, blandían las armas y pugnaban por entrar en los camarotes para asesinar á Colon, á su hijo y á su hermano.

Toda la influencia de Francisco y de Diego Porras, que no deseaban al pronto ir tan léjos, era inútil para contener aquella manada de tigres.

Colon no pudo sufrir más.

Abandonando el lecho: sin ponerse sus armas defensivas, con la espada en la diestra, quiso salir de su camarote para amonestar por última vez á los suyos, para morir luchando, si tal era el término que la divina voluntad había reservado á su vida.

Las fuerzas le faltaban, y apoyándose en las tablas llegó hasta la puerta, á tiempo que el sargento Dominguez y algunos otros leales impedían el pasó á los rebeldes.

Viendo á su jefe en gran peligro, le cogieron en brazos y le obligaron á volver al camarote, formando despues una guardia para defenderle.

Bartolomé habia salido á luchar, y con la lanza en ristre y la rodela atacó á los malvados y defendió su persona.

Fernando, por su parte, corrió á la defensa de su padre.

Los pocos leales hicieron que el jóven y su tio quedasen al lado del almirante, y salieron á rogar á sus compañeros que partieran, puesto que nadie se oponia á su marcha, pero que respetasen la vida de Colon, porque su muerte á mano airada no hallaria nunca piedad.

Gracias á esto abandonaron los buques, dispuestos á buscar los medios de partir.

CAPITULO LX.

Los buenos y los malos.



os extremos se tocan siempre.

La reaccion debe ser tan violenta como la accion, segun una ley que se opera, tanto en el órden físico, como en el órden moral.

Y como la accion habia sido violenta, inícuca y espantosa, la reaccion habia de ser silenciosa.

No parece sino que la voz del remordimiento impone silencio al corazon cuando se ha olvidado la conciencia de aquellos deberes que le ha promulgado la ley natural.

Los protagonistas de tan nefanda hazaña estaban embriagados por sus propios excesos.

No se daban cuenta de lo que acababa de suceder.

Pero estaban sedientos de abandonar aquellos sitios, que les acusaban de sus iniquidades, y no querian dilatar su marcha.

Y sin embargo de que su crimen era tan inmenso, parecia que lo ignoraban; que no tenian conciencia de sus actos y que estaban satisfechos de su conducta.

Al ménos eso indicaba la alegría que se reflejaba en el semblante de aquellos hombres que, olvidados de lo que se debian á sí mismos, olvidados de lo que debian al almirante, y olvidados de la lealtad que juraron guardar, solo se inspiraron en el más grosero egoismo para realizar sus miserables planes.

Los autores de aquella rebelion no quisieron aplazar ni un solo momento su embarque, y para el efecto se dirigieron á la playa, donde estaban amarradas y custodiadas por los indios diez canoas, que á los mismos habia comprado Colon el dia ántes.

Francisco Martin Porras, que tan ferozmente se habia portado al rebelarse contra su jefe, y al arrastrar á la gente de la nave para dar cima á su propósito, se presentaba entónces como una fiera que tiene á su disposicion la presa y que se dispone á devorarla.

Su hermano el contador, que tan cobarde y menguado habia sido para preparar la sedicion, y que habia temblado ante la idea de que Colon pudiera sorprenderle, se mostraba ya altivo y satisfecho, engreido de su triunfo, y creyéndose superior al gran hombre, á quien tan cruelmente abandonaban, dejándole en aquella apartada region, sin más compañía ni recursos que la lealtad de unos pocos, y una cohorte de enfermos, que reclamaban una solícita asistencia.

—Adelante, adelante, gritaba una voz enronquecida.

—Sigámosle, sigámosle, decia un sargento que se destacaba entre una turba de soldados.

—No hay que perder un momento.

—¡Hemos triunfado!

—Abandonemos esta sepultura, donde hemos estado enterrados en vida.

—Dejemos á ese hombre que tanto nos ha martirizado, y que nos engaña con falsas promesas.

—Que vengan todas esas canoas.

—Traedlas presto.

—Somos muchos, y tienen poca cabida.

—Ya están aquí.

—¡No precipitarse!

—Id con calma, que aquí no nos manda nadie.

—Mando yo, pero para guiaros y conducir os á salvacion, dijo el capitán Porras, que se sentía herido en su amor propio de jefe improvisado al oír aquellas frases anárquicas, que conspiraban contra su autoridad.

El cuadro que ofrecían aquellas dos tristes y huérfanas naves era triste y sombrío.

¡Pobres buques, que habían agotado sus fuerzas, y que se abrazaban cordialmente para sostenerse, como guiados por el instinto de conservacion!

¡Pobres buques, destinados á una gloriosa empresa, y convertidos en escenario de una gran iniquidad!

Allí no había orden, ni concierto, ni plan.

Aquello era digna conclusion de una orgía.

Mientras tanto las canoas de los indios se acercaban, y se ponían al costado de las naves.

Los pobres indios que las tripulaban no podían explicarse, ni acertaban á comprender lo que pasaba; pero obedecían á aquel conjunto de voces sin concierto que les mandaba con imperio.

Los insurgentes empezaron á descender de las naves y á colocarse en las canoas.

Y en aquella situacion aparece en medio del torbellino la figura de un jóven, demasiado jóven para caracterizarse como jefe de una contrarebelion; pero su sobrada energía y su valiente actitud le prestaban aliento para dirigirse á aquella turba desenfrenada.

Aquel noble jóven era Fernando Colón.

Hijo digno de aquel hombre providencial, no podía ménos de exaltarse en presencia de un hecho tan escandaloso: y ébrio de cólera y de indignacion:

—¡Miserables! les decía. Miserables, cobardes, hombres

sin honor. Sois hasta indignos de morir por mano honrada.

No podriais defenderos, porque temblariais ante un valiente.

Marchad, marchad en busca de fortuna, y ya encontrareis el premio de vuestra alevosía.

—¡No hacedle caso, está loco!

—Que lo salve su padre.

—Que perezca con él.

—Bastante hacemos dejándole con vida.

—Bien merece la muerte.

—Ya la encontrarán pronto.

—Todas estas frases, que se perdían entre la gritería y la confusion, formaban un gran contraste con la justa indignacion que rebotaban las palabras del hijo del almirante.

Y mientras esto sucedía bajaban los unos, saltaban los otros, y todos procuraban colocarse en las canoas, temiendo no encontrar en ellas sitio bastante para emprender tan vergonzosa fuga.

—¡Ellos se salvan, ellos se salvan! ¡Felices de ellos! decía una voz agonizante.

—¡Ayúdame, ayúdame! le decía otro.

—No puedo, me faltan fuerzas, me es imposible levantarme.

—Apóyate en mi brazo, paisano, que para las ocasiones son los amigos.

—Gracias, compañero; pero aguarda un momento.

—Mira que no estoy para esperar.

—Déjame coger mi maletilla.

—¡Compadeceos de mí!

—No puedo con dos.

—Andrés, no corras tanto, que me muero y tú puedes darme vida.

- Toma la mano, levántate y come.
 —No puedo andar.
 —¡Pues entónces!
 —No me dejes.
 —¡Cargo contigo, y adelante!

No debe extrañarnos aquella algarabía, porque era muy natural en la escena que se estaba operando.

Y tampoco deben admirarnos estos rasgos de caridad y compañerismo de los rebeldes.

Si la rebelion es un mal, porque relaja la disciplina y quebranta el principio de autoridad, no siempre los rebeldes son verdaderos criminales.

Al ménos los rebeldes que sirven de instrumento suelen ser á veces crédulos y confiados.

Y en aquella ocasion obedecian muchos de ellos á un supuesto equivocado, no solo porque creian que el almirante les habia engañado, sino porque se habian persuadido de que quedándose en las naves era segura su muerte y huyendo se salvaban.

Por eso mismo no debemos medir con igual vara á todos los insurgentes.

Por la misma razon no podemos calificar á todos con el dictado de traidores é infames, porque muchos de ellos procedian con sencilla sinceridad.

Solo así se explica esa solicitud que los unos tenian por los otros.

Solo así se comprenden esos rasgos de desprendimiento y de caridad entre gente que se insubordinó de una manera tan miserable.

—¡Ah! Cuán pocos somos los que quedamos, decían los más apegados á la disciplina.

—¡Qué vamos á hacer?

- Seguir la suerte de nuestros compañeros que se van.
 —¡Pero es tan bueno, es tan valiente el almirante!
 —¡Sin embargo, nos comprometemos sin esperanza!
 —¡De nada le ha de servir nuestra lealtad!
 —¡Tenemos familias!
 —¡Tenemos esposas!
 —¡Tenemos hijos!
 —¡No nos pertenecemos!
 —¡Marchémonos!
 —¡No se qué hacer!
 —¡Es preciso salir pronto!
 —¡Que están llenas las canoas!
 —¡Saltemos por aquí!
 —¡Por aquí!
 —¡Ah!... No, no es verdad, no es verdad lo que estoy viendo, decia una voz trémula, la voz de un anciano, en cuya noble fisonomía se veia el sello de la sabiduría, del valor y de la enfermedad. No es verdad que Diaz haya saltado á las canoas.
 —Sí, sí, contestaba Fernando Colon á su atribulado padre.
 —¡Y tambien Caballero! ¡Y tambien Fuentes! ¡Y tambien!... ¡Ah, es imposible! ¡No, no lo creo, ó estoy loco! ¡Estaré desvariando!
 —¡No, padre, no desvariais; es la verdad la que estais viendo! Tambien son miserables aquellos hombres á quienes tanto queriais, tambien os abandonan, tambien se marchan y se unen á los que tan ruinmente se han amotinado.
 —¡No puede ser! ¡No puede ser! Irán á combatir, irán á pelear contra ellos, irán á defenderme.
 —Miradlos, padre, miradlos. Mirad qué tranquilamente se han colocado en las canoas.
 —Sí, sí, es una triste realidad; es una funesta realidad lo que ven mis ojos.

—Ya no hay duda. ¡Que sobre ellos caiga la maldición de Dios! decía Fernando, hirviendo en cólera.

—¡Nunca! exclamó su padre. ¡Nunca! ¡Que Dios les perdone, y que nos preste energía para vencer esta terrible situación! Pero vosotros, vosotros, les dijo á los que se preparaban para huir en las canoas, ¿vosotros os habeis olvidado de los deberes más sagrados, os habeis olvidado de vuestra bandera, de vuestros juramentos y de vuestra disciplina? ¿Cómo habeis dudado de mí? ¿En qué os he faltado? ¿Por qué me negais vuestra confianza?

—Está desesperado. Bogad, bogad, bogad, repetian varias voces en las canoas.

—¿Creeis que el hombre que ha descubierto estas regiones para bien de la humanidad y de España es capaz de sacrificaros? ¿Dónde habeis visto mi ambicion ni mi codicia? ¿De qué me acusais? ¿Ignorabais, por ventura, que todas las grandes empresas llevan consigo grandes sufrimientos? ¿Ignorais que la gloria sólo se conquista con heroismo? ¿No os dice vuestro corazon que soy incapaz de engañaros?

—¡Que os oigan los indios!

—Predicadles á ellos, que nosotros no necesitamos vuestros sermones.

—Pues tened heroismo para morir, y conformaros con vuestra suerte.

—¡Pobre almirante! ¡Pobre almirante! Y le dejamos para no verle jamas. Era nuestro padre, y le abandonamos, decía una voz entre sollozos entrecortados y reprimidos.

—¡Me arrepiento, me arrepiento! le contestaba secretamente otra voz imperceptible.

—Prefiero la muerte á la traicion.

—La prefiero á la ingratitud.

Y se lanzó al agua.

Su compañero le siguió, y las canoas volaban, enmudecidas á la vista de dos hombres, que inspirándose en grandes sentimientos, se arrojaron al mar para sufrir los rigores de la suerte del almirante.

El almirante y su hijo se abrazaron, y dulces lágrimas surcaron sus mejillas.

Los momentos de un sepulcral silencio fueron breves.

Dos hombres subieron violentamente á la nave.

Eran Caballero y Fuentes, los que postrados de hinojos ante el almirante, besaban sus piés y los regaban con sus lágrimas.

Colon y su hijo los estrecharon con el entusiasmo de la màs exaltada gratitud.